

cierto que lo harás? Nadie te dará las gracias ni te regalará ninguna ropa, porque nadie querrá que te vayas ofendido como hacen entonces todos los de tu familia. Tú pedirás lo que quieras, y alguien te dirá que sí y alguien te dirá que no, como siempre. ¿Vamos? No tenemos ahora grillos, ni ranas, ni cigarras para ir bailando con su música, pero en cambio podemos hacer el viento si recorremos el camino hacia el jardín jugando al fideo fino, como hacemos Laura y yo.

Mientras decía todo esto lo veía instalado en la casa como un miembro feliz de la familia, ocupado en hacer maravillas, haciendo desaparecer lo molesto y aparecer lo deseado y dictándonos clases de milagros a Laura y a mí y a quien quisiera.

Me puse de pie. El había juntado las manos y parecía a punto de aplaudir, cuando con un esfuerzo, entre sonrisa y babas, logró farfullar, ronca y entrecortadamente:

—¡Flor-ci-ta!

No podía creerlo, pero había hablado. No cabía duda. Y ahora seguía repitiendo «florcita», en voz cada vez más alta y cada vez con mayor soltura, como si ensayara para no olvidarse, hasta que bien fuerte y casi cantando dijo:

—¿Y Picaflor?

¿Por quién me estaría preguntando? No por un pájaro, ciertamente. Si yo era Florcita, Picaflor debía de ser mi sombra, o tal vez mi enemigo o quizá mi ángel guardián. Ya habría tiempo de averiguarlo, si conseguía que me acompañara.

—¿Picaflor? No sé dónde estará. En algún cajón, adentro del piano, en la caja de los antifaces, qué sé yo. Vamos a buscarlo. Vamos a casa, lalolalilo —dije acercándome más.

—Anonalino, Anonalino —corrigió entonces, lenta y firmemente, con toda claridad.

Le tendí la mano y en cuanto me dio la suya le obligué a ponerse de pie y le tomé la otra mano, de modo que nuestros brazos quedaron cruzados, dispuestos para el fideo fino. Casi lo arrastré hasta el medio de la calle. Era torpe y pesado como un oso, como si estuviera atrapado en una piel ajena. Igual nos deslizamos girando entrecortadamente. Con tropiezos, con atascamientos, con topetazos, con brusquedades y tironeos, vi pasar el viento coloreado, la ráfaga que se llevaba los árboles, las casas, los girasoles, los baldíos, en un arcoíris verde, gris, blanco, amarillo, siena, azul, azul, detrás de la cara paralizada en una sonrisa que parecía una mueca de terror. Un poco antes de llegar a la verja del jardín disminuí la velocidad hasta que nos detuvimos. Dio un último tropezón, vaciló y cayó sentado.

Cuando lo invité a seguir se negó, agitando la cabeza. Hurgó afanosamente en su bolsillo inimaginable, entre los jirones de su envoltura, y sacando un trapo roto secó la boca rabiosamente. Después depositó un beso en la mano que yo había continuado teniéndole.

Justo en ese momento oí el coro de voces y el batir acompasado de palmas que lo acompañaba:

—¡Tiene novio! ¡tiene novio! ¡tiene novio!

Y allí estaban todos detrás de las rejas: Luis María, Ruth, Andrés, Bruno, Cristina, y hasta Laura y Miguel —aunque un poco apartados y a desgano—, como miembros del tribunal de la burla, del error, de la profanación. ¿Picaflores, tal vez?

Durante días me quedé encerrada. Las sonrisas sinuosas, los cuchicheos afilados, las risitas de vidrio molido, alguna mano que se sacudía en alto parodiando la promesa de un castigo por mis imaginarios secretos, me obligaron a alejarme del grupo y a refugiarme en casa. Había alcanzado a entender, de todos modos, entre aspavientos y tapujos, que Anonalino no era un ser prodigioso sino una criatura escasa, lo que hacía más cruel cada burla aunque no influyera en la medida de mi turbación. Porque era sobre todo la torpeza con que se ridiculizaban sus estúpidas presunciones lo que más me mortificaba. Escondida en un rincón, sentada en un banco del jardín o vagando entre los árboles, lloraba mi humillación y mi vergüenza. Lloraba prolija, amarga, irremediablemente contra la perversidad y la estulticia, lloraba hasta ahora contra ese mismo muro que me acompaña siempre, indiferente, inevitable, ciego. Mientras tanto mi duende, convertido en el sapo de las pesadillas, se había instalado del otro lado de la calle, a la intemperie. De pie contra el alambrado o sentado sobre un montículo, envuelto en sus harapos erizados, Anonalino pasó horas inmóvil como un cactus, ajeno al viento, al sol, a las miradas, al paso de la Historia y al de la polvareda. (Conocí alguien que también esperó, noche tras noche, con el alma en suspenso, solamente la luz de una ventana, pero ya lo ha olvidado. Quizás esa luz esté debajo de un derrumbe de ventanas, de otra serie de apagones que significaron sus ausencias de ayer y nuestro desencuentro para siempre.)

No sé si Anonalino comía, si dormía, si se apartaba alguna vez de su guardia hechizada. Cada vez que atisbé a través de los visillos o por la rendija de un postigo, allí estaba, macizo, corpóreo, irrevocable, inaugurando la calle de la persecución inanimada a lo largo de todo mi destino.

Al cuarto día llovió.

Cuando llueve recortamos figuras de cualquier lado y las pegamos en el cuaderno de los esplendores. Les cambiamos el título, el nombre o la descripción y conseguimos imágenes cómicas, misteriosas o aterradoras. (Este juego no tuvo su origen en los azarosos juegos de los surrealistas, sino en los errores de Pepa, que era analfabeta y fue para nosotros la precursora.)

Yo estaba preparando prolijamente el fémur y decidiendo si se llamaría «Nabucodonosor» o «El chacal es bastante parecido al lobo», cuando Laura entró corriendo con un sobre en la mano y lo agitó, triunfante, como si fuera el siete de oros.

—¡Noticias! —gritó—. Carta de tu enamorado, «el abrojo mongólico».

—No tengo enamorado, ni sé lo que es un «abrojo mongólico», ni me interesa saberlo, para que lo sepas —contesté sumergiéndome en el fémur, que había empezado a parecerse al lobo.

—Enamorados son los pretendientes o los novios —explicó tramposamente, como si hubiera sido eso lo que yo no sabía, y continuó adulterando mi respuesta y tomándose tiempo:— Son esos que están en las tarjetas postales con una flor en la mano y que parecen casi desmayados o borrachos, o esos que en el cine van a caballo detrás del indio que raptó a la muchacha y al final van a besarla cuando las monjas cambian la película y aparece entonces una señora abanicándose en China, o esos cinco que quisieron casarse con tía Adelaida y que están en cinco fotografías sobre su mesita de noche.

—Sí, ya sé. Son esos pálidos, ojerosos, que usan gomina y llevan patillas largas —puntualicé con intención, estableciendo una regla que me dejaba libre de tribulaciones.

—Sí, pero no siempre, porque éste es distinto, el tuyo, el que está enfrente —se obstinó Laura, cortándome el camino—. No me vas a decir que no lo has visto, cuando todo el pueblo lo está mirando con largavistas, cuando en cada casa están poniendo mangrullos para verlo mejor. Hoy vi que llovía a cántaros, me dio lástima y crucé a llevarle un paraguas. Porque es nuestro, ¿no? —Tenía un sentido especial de las pertenencias. Se enorgullecía por igual de un absceso, una cosecha, una epidemia o una condecoración, con tal que fueran «nuestros»—. Me llamó «Picaflor» y me preguntó «¿Y florecita?». No pude sacarle nada más. Me dio esta carta «Para Florecita». Tómala. Es tuya.

No había dejado pausa para la protesta o la explicación.

—Déjala por ahí —contesté en el colmo de la confusión y del bochorno, pero simulando la altanería de una estrella.

—Por ahí, ¿dónde? ¿Sobre el escritorio de papá?, ¿debajo de la almohada de mamá?, ¿en un bolsillo de María de las Nieves? ¿No quieres que la lea por el micrófono de la Municipalidad o desde el púlpito de la iglesia? A menos que prefieras que la pegue en el vidrio de *La voz del pampero*, como hizo Rafael Rioja con las cartas que le escribió Merceditas O'Connor.

Estaba llegando. La amenaza me había perseguido desde hacía cuatro días. Con distintas caras me había estado acorralando aviesamente desde el fondo de alguno de estos días, no digo de este día, porque no creía que Laura fuera capaz de hacerme ningún daño, pero si aun a ella se le ocurría jugar con el peligro, amagar con empujarme desde lo alto del tejado, ¿qué no podría intentar alguien cuya cara aún era un hueco negro? ¿Y por qué este castigo? ¿Sólo por haber imaginado que Anonalino era un duende? Pero ellos no lo sabían. Ellos se hubieran encarnizado igual, aunque fuera verdaderamente un duende. ¿Y si lo era? Claro que también él era un acosador ciego e implacable. Y así estaba yo, atrapada entre la malicia activa y la inerte opresión, debatiéndome como una bestezuela.

—Haz lo que quieras —sollocé, furiosa—. No pensé que también tú serías mi enemiga.

—¿Soy yo acaso la guardiana de mi hermana? —se burló.

Entonces estallé:

—Cualquiera puede escribirte cartas y seguirte a donde vayas y quedarse mil años junto a tu ventana. Cualquiera puede además reírse como la hiena, o escupirte o tirarte cascotes o insultarte cuando pasas. ¿Y uno qué tiene que ver? ¿Y yo qué culpa tengo? Tengo tanta culpa como el fémur, como el chacal, como Nabucodonosor —ahí me miró con asombrada admiración—. Se lo voy a decir a papá, se lo voy a decir a mamá, se lo voy a decir a la abuela. Y ya van a ver todos los que me están martirizando, tanto los inmóviles como los movilizados. Son todos cerdos y jorobados y perdularios —extraje airadamente el repertorio formado con voces de aquí y allá.

—¡Bien! ¡Bravo! —gritó Laura mientras aplaudía con entusiasmo—. Me gusta que no te dejes torturar como Fabiola o como Santa Catalina de Alejandría. Pero no le digas nada a nadie, porque yo ayer amenacé a todos los chicos con papá y su carabina de Ambrosio y prometieron dejar de molestarte. ¿No te das cuenta de que estuve bro-

meando todo el tiempo? ¿Te crees que no sé todo lo que te pasa? ¿Y en vez de preocuparte, de esconderte y de llorar, por qué no te abanicaste en China, como la señora de la película que ponen las monjas, que nunca sabe lo que pasó antes ni le importa? Para terminar con todo, también le dije ahora a Anonalino que si no se iba ya mismo con el paraguas le caería un rayo encima o que la tía Adelaida iría a sacarlo a bailar y que mamá lo metería dentro de un frasco. Se fue, y yo le prometí que le contestarías la carta.

Se lo agradecí con un abrazo. Mi alivio era profundo, a pesar de esa última promesa que quién sabe en qué compromiso me pondría. Siempre alguien apuesta algo en mi nombre, como si yo fuera un espacio en blanco, una voluntad disponible. Siempre hay alguien que hipoteca mi nombre, mi tiempo, mis oraciones, mi ayuno, mi opinión y hasta mi ropa, sin consultarme, y yo tengo que pagar o luchar a brazo partido para recuperar mi prenda. Este fue el único caso en que tal transacción fue beneficiosa.

Ahora Laura estaba observando el sobre por todos los costados. Lo olió, lo sopesó, lo miró al trasluz.

—Y ¿qué te parece si la abrimos? —preguntó al fin.

—¿Y si la rompemos? ¿Y si la quemamos? ¿Y si la dejamos para Nochebuena? —contesté, cada vez menos esperanzada.

—No, no puede ser. Una carta es para abrirla. No es para no leerla ni para rifarla, ni siquiera para donarla a las Damas Vicentinas. Tómala.

Me la ofreció y me la escamoteó enseguida, primero por detrás de su cuello, después por debajo de un brazo, por debajo del otro, por detrás de una y otra rodilla y por entre las dos, hasta que se la arrebaté de un salto.

Era la primera carta personal que recibía, aparte de alguna nota de los Reyes Magos, alguna circular de la Organización de Espías o alguna nota de la Mano Negra. ¿Qué podía decirme Anonalino, aunque fuera un duende? ¿O sobre todo si era un duende? No podía admitir que ése no fuera un mensaje sumamente perturbador, más aún si se trataba de una cita o de una declaración de amor. Comencé a abrir el sobre despaciosamente, como si algo vivo y peligroso pudiera asomarse de pronto. A medida que lo despegaba, por mis manos trémulas pasaron suspiros, pedidos de auxilio, historias truculentas y palabras tiernas, envueltos en babas, las mismas babas con que ese mismo sobre fue cerrado.

Por fin extraje con sumo cuidado un trozo de hoja de cuaderno doblado por la mitad. Lo desplegué, lo miramos de uno y otro lado. Estaba en blanco, totalmente en blanco. Era un papel en el que nadie había escrito nada.

Consultamos manuales de química y de física, buscamos qué reactivos podían obrar sobre «tintas simpáticas», invisibles a simple vista. Sometimos el papel al efecto del vapor, del aliento y del calor de una llama; lo frotamos con limón y con alcohol; lo planchamos húmedo y seco; lo miramos por transparencia a través de vidrios de distintos colores; lo sumergimos en agua bendita. El resultado fue siempre el mismo: nada. Los procedimientos fueron agregando la enunciación de fórmulas mágicas, cantos y plegarias. Se iban complicando a medida que el papel se deterioraba.

Cuando tuve frente a mí un residuo grisáceo, viscoso, irreconocible, y adiviné en Laura el propósito de alguna suprema extravagancia, hice esta declaración:

—He descubierto algo.

—¿Sí? Yo también —murmuró ella, y agregó como si fuera obvio que hubiéramos llegado a la misma conclusión: —No podemos leer nada porque está escrito con agua, está escrito con lágrimas.

—No —protesté—. El no escribió nada porque eso fue lo que quiso decir. Quiso decir que no tenía nada que decir.

Sin embargo siguieron llegando mensajes. A través de Laura o en propias manos, como si siempre estuviera preparado para la ocasión, Anonalino me hizo llegar esos papeles que nunca decían nada. Tampoco él respondía a ningún interrogatorio. Se limitaba a exclamar «¡Florcita!» y a preguntar «¿Y Picaflor?» cuando nos enfrentábamos, y a la inversa cuando el encuentro era con Laura.

Años después él mismo u otro joven mongólico (¿o quizás sería un duende?) fue a visitarme durante una larga enfermedad y me entregó a escondidas un puñado de cartas. No eran tuyas. Me las enviaba alguien que lo utilizó como mensajero. Era alguien con quien intercambiábamos palabras como talismanes, nombres capaces de fundar infiernos y paraísos, frases vertiginosas arrancadas del fondo de fiebres y de abismos, alguien con quien a veces nos internamos en la eternidad y cuya sola sombra yo no podía rozar sin un estremecimiento. Después vi copiadas las mismas frases, aun las mías, intensas, tiernas, desesperadas, en cartas enviadas a otras mujeres, y sus cartas se vaciaron, fueron para mí como las de Anonalino: nadie había escrito nada. Babas.

Olga Orozco